

Mañanas de Mocambo

Por Francisco GINER DE LOS RÍOS

Dibujo de Héctor XAVIER

Eugenio

Tu recuerdo, Eugenio Ímaz, está presente en todo momento, pesa en este aire que todavía te vio vivir y en que yo —diez años largos después de tu marcha— te encuentro como siempre, como antes de aquella madrugada final en que te acompañamos. En este aire azul, con el mar ancho entre los verdes pinos, junto a esta cal blanca y el rojo de las tejas que fueron lo último que viste, prefiero sentirte como el alegre vasco que fuiste entre nosotros, siempre en el vilo de tu inteligencia abierta, tu disparada sensibilidad dispuesta a entregarse en una discusión viva o en una reflexión cada vez más honda y luminosa. Este mar parece guardarte y cantarte. No sé si aquí descansas, porque nunca supiste descansar, pero me gusta pensar que te acompañó una vez más y ver que todo lo nuestro vive como tu memoria, es decir, que está vivo todo lo que dejaste entre nosotros.

El mar canta ancho y quieto, como enervado bajo este sol. Todo es azul de pronto, ancho también como el recuerdo. Y azul como el recuerdo, el mar solo presente.

Delicia total este entresueño, esta ausencia completa de todo lo que no está aquí con el agua y el sol, los ojos en el cielo o en ese fondo de pinos de la playa. Y no quiero salir de esta delicia; querría quedarme en ella para siempre, escapado de mí, conmigo, con el agua. Todo sol azul en el cielo de sol. Azul oro sobre el gozo perfecto de la piel.

Mediodía

Juega el amor en el agua. La trenza morena de ella se enreda en la espalda de él y se juntan en besos largos de sal y agua los dientes blancos de sus dos risas juntas. La señora gorda de al lado se escandaliza de palabra y se pone nerviosa todavía, quizá de otras cosas. Yo me acuerdo de aquellos versos de la canción,

*pero amémonos como los peces
debajo del agua se saben amar,*

y me parece hermoso este amor al mediodía, el agua brillando y cantando en la larga trenza morena, pez negro y vibrante que salta luminoso en la mañana.

Manos de cangrejo, limón y la cerveza negra. ¿Puede el mar ser más mar todavía? Todo sabe a lo suyo y vuelve conmigo a lo suyo cuando me meto al mar, casi cangrejo ya sobre la arena.

La luz puede ser ancha como todo el cielo ancho que me guarda esta mañana. Pero cabe también en mis ojos cuando los cierro para tenerla mejor, para darle la anchura exacta de esta delicia entera que me invade. Y pienso en que no pienso. Y la vida —en la piel, quemándose en la piel, cantando en ella— se hace de repente profunda, mi vida profunda a flor de piel, llena de sol y aire, profunda vida azul al vilo de la mañana.

Mi hijo propone sus chistes y usa la técnica de equivocarme con lo que llama preguntas al revés para descubrir el chiste desde el mero principio. Y ahora adivina del todo —quizá precisamente porque se ríe de ello— cuando me pregunta: ¿cuántas horas caben en un segundo?

Boca del Río

Camarón para pelar, sopa de jaibas, robalo en mojo de ajo por Boca del Río. Y la cerveza —la prodigiosa cerveza— morena y helada en las manos. Los músicos ofrecen sus versos de ocasión —la picardía siempre pronta, pero siempre cortés de forma— de mesa en mesa. Y dos niños se arrancan con la Bamba, y la bailan con tal gracia que hacen olvidar la tristeza del pobre dinero que reciben después. Esa tristeza —la del oficio obligado, la de bailar sin tener ganas de bailar, sino porque hay que hacerlo— la veo en los ojos negríos de la niña, en la rabiosa desgana del muchacho, que baila como los ángeles, pero tiene indudablemente deseos de otra cosa.

Zócalo

La plaza, como siempre. No pasan los años por la luz de sus faroles en el aire pesado y suave de la noche, todo azul, blanco y dorado entre las voces de los soportales. Lo único nuevo para mí es una cruz verde luminosa en la torre de la catedral. Antes las cruces de ese color no eran precisamente alentadoras, pero



en Veracruz resulta alegre todo. La marimba se instala frente al Diligencias, delante de nosotros los camarones frescos, el tornillo reconfortante. Me toca a mí, después de tanta ausencia, mantener las piezas que desdeñan los demás. Pido el *Ahualulco* y los chambones —son muy buenos, pero tocan sólo para turistas— se salen por otras peteneras más o menos de moda. Se consultan entre ellos y al cabo de un rato me ofrecen el *Ahualulco* que “están recordando ya”. Y se salen ahora con el acompañamiento, que es lo único que —como yo— recuerdan. Nos reímos juntos del jugoso disco rayado.

El puerto callado y quieto, pero luminoso de sus barcos. Y la mole de San Juan de Ulúa negra en el fondo, para darle hondura a la noche, para despegarla de nosotros. Y San Juan de Ulúa se queda en su fondo y la noche se viene a tomar cerveza por los soportales y nos sigue después rumorosa de agua y de verde hacia Mocambo, a dormir, a seguir durmiendo. Siempre joven, la noche tiene hoy sueño también y ronca dulce en el ventilador, olvidada de sus estrellas altas, desdeñando todo lo que de ella se quedó allá fuera.

José Mariano

Larra se ha venido conmigo a Veracruz. El sol le niega espejos y le esconde en la arena caliente la pistola final. José Mariano se “aplatana” también en el trópico encontrado y goza a mi lado, conmigo, esta vida distinta. Pero es incansable en su preguntar constante, en ponerse los dedos sobre la propia llaga. Y España —su siempre actual España, que sigue buscando su camino desde sus días y a la que le sigue pasando lo mismo desde entonces— nos interrumpe las vacaciones que los dos nos estábamos regalando. Y los dos seguimos hablando en el silencio, encontrándonos en lo nuestro, parados una vez más —¿cuán-

do es el salto de la verdad, renacido José Mariano?— al borde de una vida española que *tiene que ser*, que llega con nosotros hasta aquí y se adormila en nuestra piel, pero se mantiene despierta y viva en el rumoroso aire callado.

El mar otra vez. Y otra vez como siempre nuevo. Y otra vez como siempre distinto. Y como siempre igual. Mar, mar sólo y solo. Con y sin acento. Solamente mar solo. Solo mar solamente. Y sus olas se hacen holas, un solo HOLA de presencia reencontrada, de jubiloso saludo.

Y ahora me voy al agua para darle sabor a esta palabra, para que esta palabra encuentre cielo, para quedarme de nuevo callado, rico de palabras posibles, con la palabra siempre en vilo que llevo dentro, que vive conmigo y que a veces necesita separarse de mí, para mutuo descanso. Vamos juntos al agua y juguemos, palabra, a los silencios. A esos silencios en que tú te revelas y podrías saltar al aire como una joya. Y yo —celoso de tu hermosura, rico de guardarte— me callo una vez más para no entregarte, para decirte a solas con nosotros.

Y que no me digan, palabra, poesía mía, palabra, que me escondo y te escondo. Lo importante en la vida, para lo que

hay que hacer —para hacer lo que dicen los que te usan como una moneda política— es precisamente hacer. Y no he dejado de hacer. Contigo, palabra, poesía mía, dentro y muy dentro, he tratado siempre de hacer lo que debía. Y no hice contigo poesía de guerra porque lo que había que hacer era la guerra. Y busco la paz —contigo dentro, poesía, palabra mía— con lo que hay que darle a los trabajos y los días. Y sé que soy limpio porque te guardo aquí, riqueza mía, palabra mía, poesía siempre conmigo, frente a todo, quemándote con todo, pero subiendo hasta ti misma, palabra, de ese fuego en que los dos nos damos. Y la vida —completa, sin otra limitación que la que ella misma se marca y nos obliga— se salva con nosotros, se queda con nosotros, palabra mía, en la poesía.

Vámonos, vámonos al agua de una vez, a refrescar la voz, a que te sienta cantar dentro del pecho, como el corazón vivo, desnuda tú, palabra, la mar tuya con el mar mío, los dos juntos, palabra, por el mar. Y que siga cantando por nosotros —mientras los dos callamos y dormimos— esta hermosa mañana.

Mocambo, Veracruz, julio de 1961

Noticias de Martín Adán y *La mano desasida*

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Tres extensos poemas celebran Machu-Picchu. El más difundido, el de Neruda, evoca al hombre que escaló las montañas, agobiado por su carga de ciclópeas piedras, para coronarlas con una imagen de sí mismo y de sus padecimientos. Avizora también la previsible resurrección de aquel esclavo en la libertad de un mundo justo. Otro —*Patria completa*, de Alberto Hidalgo— * canta el prodigio artístico como imperfectible expresión del alma peruana y lo propone como arquetipo de un destino a la medida de nuestros sueños. Un tercer amplio poema ha comenzado a ser conocido a través de fragmentarias publicaciones en diarios y revistas locales. Se titula *La mano desasida* y su autor es Martín Adán. Este cántico no postula la reversión cronológica de Hidalgo ni incluye la reclamación justiciera de Neruda. Endiosa al material que se le impone al poeta como alegoría de la eternidad, desde un contingente corazón humano. Si Neruda ve la obra como rastro de su multitudinario constructor, como huella de un pueblo aún vivo, e Hidalgo apela a la historia para fracturar lo que reputa una condenación casi física, Martín Adán se identifica con el monumento y con su misterio, con el mito que ya es, a fin, precisamente, de olvidar la monumentalidad y confundirse con el misterio.

Martín Adán (pseudónimo de Rafael de la Fuente Benavides) nació en Lima, en 1908. Desciende de una familia de la aristocracia y la gran burguesía, y como tal se educó para ser un jefe. Alcanzó el título de abogado, aunque antes de terminar sus estudios lo había ganado la vida bohemia y existía en un agresivo nihilismo. Desde su primer libro —una novela de corte ultraista, *La casa de cartón* (1928)— su palabra poética e irónica zahirió el modo de vida, las convenciones, los ideales y el provincialismo de su clase. Manifestó en aquellas primeras páginas un conflicto vital, una dramática tensión entre su persona social y su persona íntima y espiritual. Es decir, entre su condición de hombre inscrito en una élite de escudo y propiedad que los tiempos críticos de la emergencia popular han comenzado a barrer —obligándola al fingimiento y a la más egoísta mercantilización— y su personalidad profunda, de individuo libre arraigado en su época y en la verdad que ésta contiene. No supo entonces elegir un camino.

En medio de un polo y otro, la soledad absorbió a Martín Adán, quien intentó quemar todo indicio de su verdadera existencia, la testimonial y abrasada de duda e incredulidad, la violenta y anárquica. Publicó, en 1930 y 1950, finas décimas (*La rosa de la espinela*) y oscuros sonetos (*Travesía de extramuros*). *La casa de cartón* lo había mostrado, al final de la adolescencia, dispuesto a volar en mil pedazos el mundo crepuscular y hechizo que heredara de los suyos. Luego, inmerso en sí mismo, parroquiano de tabernas y hoteles sin nombre, vacilante entre "la aventura y el orden", tuvo un largo período de silencio, silencio apenas interrumpido por delicados elogios a la flor abstracta y por metáforas de mar y música. El Martín Adán lírico, angustiado, brillante, original, parecía extraviado en la bruma de las contradicciones y los años.

De pronto, tras la reedición de *La casa de cartón* (1959) en una colección popular, relato cuya frescura y belleza sedujeron a los jóvenes, el poeta comenzó a escribir *La mano desasida*, su canto a Machu-Picchu, lugar en donde pasara unos pocos días. No se trataba ya del juego de expresión y concepto de *Travesía a extramuros*, sino de un poema abierto, límpido, fluido, en el cual el monumento incaico y su sustancial piedra son asidero para la vuelta de Martín Adán a su propia realidad, a la realidad de su pueblo.

Para obrar semejante milagro, la arquitectura existe palpitante, no como *música congelada*, sino como espíritu macizo y vibrante. Ahí se conjuga Martín Adán con un poderoso rasgo del hombre y el país que su clase ignorara o negara por siglos. El *chalet* deleznable del balneario limeño de Barranco (la *casa de cartón* de su infancia) sucumbió hace tiempo, como sucumbió el similar conservador de los vocablos solemnes y con mayúscula, del régimen paternalista de los vacuos patricios, de la rígida moralidad —o moralina— que los burgueses suponían irremplazable, del orden, en suma, basado en privilegios del conquistador. *La mano desasida* es un poema a la piedra indígena, antropomorfizada, con alma, inmóvil y elocuente a la vez, con algo de ídolo y, además, con mucho de suprema libertad. Es un poema a la tierra, que sólo aparentemente es inerte, pero en la que está la clave gracias a la cual imperturbablemente se atraviesan las edades.

Si el verdor de la sociedad quechua pereció, la piedra de Machu-Picchu la convirtió en divina, sin tiempo. Machu-Picchu no fue creada para el transcurso de los reyes y sacerdotes que la habitaron, sino para la presencia transaparencial y eterna de sus dioses. Distinta proyección que la de la tibia casa de Barranco, entre cuyas acartonadas paredes de caña y barro enlucidos, el poeta inició su revuelta contra la circunstancia que le tocó por su origen. Sin embargo, *La mano desasida* (mano que busca una realidad de la que cogerse, la piedra, la inmortalidad, Dios) no es una canción de alegría. Poseo, ahí, en aquel bastión de águilas, a la puerta de un cielo añil, dominando el valle por el cual descende restallante el Urubamba, el poeta se mira y se desconsuela, clama y bendice, canta y reniega, blasfema y llama a la eternidad. A la postre se trata de un libro de oraciones a un poder inventado, introducido en las piedras, al cual los versos invocan y rechazan simultáneamente. Un dios, pues, en quien el orante no cree, pero que es el único, muertos los de la tradición y el linaje hispano, que advierte incólume y promisor en el cataclismo.

La aparición de *La mano desasida*, que anuncia para el próximo mes el sello de Juan Mejía Baca, permitirá el regusto de sus muchos hermosos versos, el nuevo recorrido por sus secretos laberintos, el descubrimiento de una mejor interpretación acerca de su último sentido. El poema es fruto de una ardua maduración, que resulta difícil abarcar, más aún si se intenta de prisa, en toda su intensidad, en toda su trascendencia. Habrá que volver a él.

Lima, agosto, 1960

* Alberto Hidalgo, *Patria completa*, Librería-Editorial Juan Mejía Baca. Lima, 1960.